

LIBROS

La fe y la destrucción

Desde hace unos años circula insistentemente la idea de una agresividad innata, compulsiva, instintiva, del hombre. Contra lo que llamamos la Naturaleza, contra el hombre mismo. No es de extrañar que el mayor impulso científico —o aparentemente científico— a esta grave idea proceda de Alemania, donde no está dominado y resuelto el recuerdo de la guerra mundial y, sobre todo, el carácter de asesinato colectivo que se dio y se da a la parte alemana en esa guerra. Es lógico que toda una escuela quiera en cierta forma asumir su culpabilidad nacional diluyéndola al mismo tiempo en una culpabilidad específica: todos somos asesinos. Natos. Tan errónea es la idea de una culpa nacional (los alemanes no fueron culpables: vivieron una situación culpable, como otros pueblos en su Historia, y la culpabilidad se ha acentuado o se ha cargado por la derrota, como se hubiese cargado la de Estados Unidos por las bombas atómicas sobre el Japón si la Historia posterior y la información dirigida a la conciencia de la Humanidad la hubieran escrito sus enemigos; y a su vez no serían más culpables que otros pueblos en determinadas situaciones de su Historia) como la de un componente asesino o destructivo en el hombre.

La ideología de la agresividad específica divulgada especialmente por Lorenz (en España, de modo mimético y menor, pero amplificado por el medio de la televisión por Rodríguez de la Fuente) ha tenido varias respuestas. Una de las más inteligentes es la contenida en el libro de Erich Fromm "Anatomía de la destructividad humana" (1).

(1) Erich Fromm. "Anatomía de la destructividad humana". Siglo XXI de España, editores, traducción de Félix Blanco revisada por Ignacio Millán.



Erich Fromm.

Sería el contenido de esta respuesta, simplificado al máximo, una diferenciación entre instinto y carácter: el instinto buscaría la solución a las necesidades fisiológicas del hombre y las pasiones, "condicionadas por el carácter, soluciones a sus necesidades existenciales"; el hombre pondría su pasión de amar o su pasión de destruir en juego según las circunstancias sociales, "circunstancias que operan en relación con la situación existencial biológicamente dada y las necesidades que en ella tienen su origen, y no con una psique indiferenciada, infinitamente maleable, como supone la teoría ambientalista". Para Fromm, "tenemos que crear las condiciones que harían del desarrollo del hombre, ser imperfecto e incompleto —el único en la Naturaleza—, el objetivo supremo de todos los contratos sociales. La verdadera libertad y la independencia y el fin de todas las formas de poder explotador son las condiciones para la movilización del amor a la vida, única fuerza capaz de vencer el amor a la muerte". La necrofilia, desde todos los puntos de vista —desde el puramente patológico de seres aislados hasta la colectividad de un "instinto tanático", ya enunciado por Freud, pasando por las guerras y sus exaltadores y propagandistas, y por la obsesión de castigo a los criminales entre los partidarios de "justicia y orden" y la violencia y la destrucción que

obsesiona a algunos "revolucionarios"—, es la base principal de este estudio. Científico y pensador, Erich Fromm presenta en todos sus libros —como en el "Arte de amar" y "El miedo a la libertad"— una importante personalidad de moralista. En este libro es una permanencia, inspiradora de cada frase; y más concretamente en un epílogo sobre la ambigüedad de la esperanza, en el que se expresa la posición defendida en la obra: la de "fe racional en la capacidad del hombre para salvarse de lo que parece una red fatal de circunstancias que él creó". La palabra fe en Fromm tiene un sentido que puede discernirse en esta frase: "El optimismo es una forma de fe enajenada; el pesimismo, una forma de desesperanza enajenada". ■ H.

Don Juan, más allá de sus críticos

El doctor Gonzalo Rodríguez Lafora murió en Madrid el año 1971, silenciosamente, sin que el país supiese que había perdido uno de sus mejores hombres. Descubridor de los corpúsculos amiloideos en las células nerviosas, dio nombre a una dolencia epiléptica llamada "Lafora's disease". Fue el padre de una de las corrientes más importantes de la neuropsiquiatría española

y uno de los fundadores de la revista "Archivos de neurobiología". Su fama trascendió, al contrario, en el extranjero y su alta personalidad científica fue reconocida por abundantes Asociaciones y Universidades.

Ahora, Alianza Editorial ha tenido el acierto de publicar "Don Juan, los milagros y otros ensayos", serie de pequeños ensayos que dan una idea de la talla intelectual de Lafora y que suponen un acercamiento del científico a la problemática del arte, indagando la fenomenología de la inspiración o la posible esquizofrenia del arte —del cubismo y expresionismo en concreto—. Personalmente siempre me ha repellido la interpretación clínica de fenómenos que desbordan la problemática restringidamente especializada de quienes la aplican. Pero no cabe duda que en este terreno, la indagación española ha sido prácticamente nula y estos textos de Lafora testimonian los vuelos que tomaba la actividad cultural en España hace cincuenta años. ¿Quién podría suponer que el ensayo sobre don Juan procede de su publicación por capítulos en un diario?

Posiblemente de todos los ensayos que presente el volumen



Gonzalo R. Lafora.

sea el dedicado a don Juan el que tenga mayor interés. Concebido para contradecir las insostenibles tesis de Marañón en torno al mítico personaje, supusieron un revuelo tal que Corpus Barga se vio obligado a entrar en liza y publicar su artículo "Don Juan y los doctores". Lo más curioso del asunto es que la polémica, cincuenta años des-